

ELVIRA SANTA CRUZ Y OSSA

LA FAMILIA BUSQUILLAS

PIEZA EN DOS ACTOS

SANTIAGO DE CHILE
EMP. ZIG-ZAG. TEATINOS 606
===== 1918 =====

“La Familia Busquillas”

Damos aquí, extractados, algunos juicios y comentarios que publicó la prensa de Santiago con ocasión del estreno de la pieza teatral cuya autora es Elvira Santa Cruz Ossa, conocida en el mundo de las letras con el pseudónimo de Roxane.

El poeta don Daniel de la Vega hace de ella este juicio:

“La Familia Busquillas”, comedia original de Roxane, constituyó uno de los triunfos más brillantes del año teatral. Y fué un triunfo merecidísimo. El gesto de Roxane ha sido admirable. Del palco donde la colocara la sociedad ha saltado al escenario, desde donde la llamaban voces interiores. Y es natural. La estirpe de su espíritu es más pura que su blasón social. Y es que ella, antes de ser señorita de la aristocracia santiaguina, es princesa del “Imperio anárquico” de las letras.

“La Familia Busquillas” es obra vibrante de crítica social, en la cual la autora derramó un caudal de observaciones ciertas sobre un puñado de tipos, no creados a capricho, sino cogidos con mano segura de la vida que pasa, tumultuosa y contradictoria... Roxane ha demostrado, con el estreno de “La Familia Busquillas”, poseer verdaderas facultades para el arte escénico, v una valentía y una independencia frente a los convencionalismos sociales, que son realmente consoladoras en esta triste época en que ya varias plumas se han vendido a las influencias del dinero y de los apellidos.

“La Familia Busquillas” tiene patentes entre algunos escritores nuestros...

“Pero para los vergonzosos males hay remedios sencillos. Y ha sido Roxane, escritora inteligente, con una brillante noción social, la que ha tenido el hermoso gesto delator. La lección ha venido de arriba, debiendo haber subido desde abajo. La trascendencia que tiene el estreno de esta comedia es mucho más grande que lo que muchos se imaginan. Y esa importancia está por sobre las escenas y los tipos por encima de los diálogos y de las anotaciones. Está en la conciencia de la obra, en la intención de su movimiento, en la dirección de su espíritu. Cuando se estrenó esta obra, nosotros escribimos un artículo aleccionero, refiriéndonos a la labor teatral, a los valores escénicos. Ha pasado el tiempo. Hemos recapacitado. Y hemos escrito estas líneas que son una brevísima rectificación.

“La comedia de Roxane tiene un valor más alto que el que nosotros vimos. Es un grito de protesta contra la cobardía colectiva. Y eso no se aplaude en el teatro, sino que se siente como un latigazo dentro de nosotros mismos...”

De un largo artículo que Iris, la genial escritora chilena, publicó en *La Nación*, extractamos los siguientes párrafos:

“Ha sido un verdadero acontecimiento social la representación social de la comedia de Elvira Santa Cruz por distinguidos aficionados de nuestro mundo. La secretaria del Círculo de

Lectura ha dado con esta creación la mejor prueba de su bello talento.

“La Familia Busquillas nos coloca en nuestro ambiente. La autora ha dado con primor la atmósfera de las almas comunes, pero no la atmósfera complicada que forman las almas profundas.

“Los Busquillas no son los venidos a menos clásicos de estas sociedades de ambientes bruscos, sino los *idos* a más de los períodos de transición. Una familia de modesto vivir se encuentra súbitamente con que los ricos priman. Ya no basta ser hijo de don Fulano, pues los hijos de Nadie van en automóvil y pescan mejores partidos. La lucha se produce, sorda, tenaz, subterránea. Se sacrifica a las apariencias las grandes cosas impostergables. La autora ha encontrado los pequeños detalles de la vida diaria, que acusan las prostituciones terribles. Y de esta feria de vanidades, de esta lucha por *aparecer*, por estar en el movimiento, resorte que mueven hasta las personas de nuestro mejor mundo, pues en esta lucha sucumbe el único *sér* que tiene alma, la mujercita de corazón delicado... que caracteriza con hondo talento la señora María Aldunate.

“Comienza la escena con un bellísimo *lever de rideau*. Un enjambre de chiquillos, lindos y frescos como guirnalda primavera, palpa al borde del escenario. Los niños aprenden su lección a gritos. La madre, apremiada por las urgencias de la vida y preocupada del problema de casamiento de las hijas mayores, se desespera de esa algarabía. Los niños aquí son la gota de agua que desborda del vaso pleno de amargura, así como en la vida. Sentimos que todo va a rodar en torno del eje obligado de la sociedad de esta tierra: El matrimonio!

“No es la pecha por la felicidad, es la pecha por el desahogo financiero. La prueba de que a la mayoría de los padres no les preocupa el problema del corazón de sus hijas, es que las entregan siempre que ellos puedan elegir el mejor postor, al que les dará casa y les aliviará la carga. La señora Busquillas, acrobata por este grave asunto, no repara en medios para llegar a sus fines. Recibe a todos los pajarraicos que los vientos mercantiles arrojan sobre los círculos sociales. Y resultan algunas sorpresas desagradables, como la que da Mr. Jack Sullivan, que de novio millonario en perspectiva se convierte en marido pobre.

“En el primer acto queda casada la hermana aturdida de la familia, que tan hermoso contraste hace con la hermana melancólica. Dos tipos que se diseñan con vigoroso contraste en la comedia.

“El segundo acto transforma la escena: De la casa que acu-

sa “estrechez”, pasamos a la casa elegante. Interiores de esos que ha banalizado la parodia parisienne. Los niños hacen rápida irrupción en la escena, seguidos por la pequeñita Gloria, que bastaría ella sola para ser la aureola de su madre.

“La escena es tierna y hermosa. La mamá, dulce ahora que la hija no es carga, también ha pasado junto a Eliana, triste y sacrificada, con su eterno casabel en el seso, añorado de mundanismo girando en el torbellino social—supremo ideal de los necios.

“Pronto la escena se vuelve sombría, solitaria. Ha entrado Pepe Elgueta, rol altamente hecho por el señor García Jurado, que a sus grandes condiciones de poeta romántico, febril y atormentado, une sus dotes de actor, presencia sugestiva, personalidad magnética, voz vibrante y cálida, ardor de entonación... Con delicadeza suma desde el principio de la comedia, se ha insinuado un sentimiento hondo y misterioso, que palpita leve, pero cuya atmósfera de ternura es como el telón de fondo en que pasa la vida sonriente y ligera... Y ese sentimiento está insinuado de una manera muy moderna en su silencio tenaz, en su continuidad callada... Todo el teatro actual tiende a llamarse teatro del alma, en oposición al viejo teatro clásico del puñal y del veneno. Esta nueva tendencia prepara sus efectos escénicos con atmósferas morales y no con golpes teatrales a lo Echegaray. Se trata, ante todo, de crear un ambiente y que los efectos surjan naturales de ese mismo ambiente. Se procura que habie el alma, por encima de todos los discursos huecos, ya que su voz insonora es la más honda y la que va más directamente al corazón. Pues, este amor callado de Pepe Elgueta por su cuñada tiene una bellísima escena que es la coronación de la pieza. La pasión comprimida estalla en un sollozo a la hora de la partida.”

El eminente catedrático y poeta chileno, señor Antonio Bórquez Solar, dice en la revista *Zig* :

“Merece particular mención Elvira Santa Cruz Ossa, por su comedia “La Familia Busquillas”, que, aparte de ciertos pequeños reparos, ha sido para mí la revelación de un talento superior. El estreno de esta pieza dramática de tan intensa realidad, ha sido un acontecimiento que habrá que marcarlo con jón de oro en el camino de la incipiente dramaturgia nacional. Y no hay que tomar lo que digo como laudatoria banal que me dicta mi cortesana habitual para con las damas, no; si que como la expresión más rigurosa de la verdad. En materias literarias soy exaltado en mis odios

72 (4) 931717 SANTC fam

LA FAMILIA BUSQUILLAS

PIEZA EN DOS ACTOS

por

ELVIRA SANTA CRUZ Y OSSA

(Roxane)

PERSONAJES:

<i>Clarisa Solovera de Busquillas</i>	Elvira Santa Cruz y Ossa.
<i>Eliana Busquillas</i>	María Aldunate de Valdés.
<i>Julieta Busquillas de Elgueta</i>	Elena Huneeus Lavín.
<i>Hilda Serafin</i>	Elena Edwards de López.
<i>Isabel Urrutia</i>	Raquel Izquierdo Matte.
<i>Marina Busquillas</i>	Gloria Valdés Aldunate.
<i>Eudomira</i>	Marcelle Auclair.
<i>Pepe Elgueta</i>	Manuel García Jurado.
<i>Fernando Mogrovejo</i>	Darío Ovalle Castillo.
<i>Edgardo Sullivan</i>	Jorge Huneeus Lavín.
<i>Santos Esquivel</i>	Benjamín Orrego Vicuña.
<i>Diego Salamandra y Rioja</i>	Benjamín Orrego Vicuña.
<i>Genaro Busquillas</i>	Julio Prado Valdés.
<i>Armando Busquillas</i>	José Miguel Prado Valdés.
<i>César Busquillas</i>	José Miguel Valdés Aldunate.

<i>Director de escena</i>	Amadeo Verbrugghen.
<i>Consueta</i>	Augusto Izquierdo Matte.

"La Familia Busquillas" fué representada por primera vez el 8 de Diciembre de 1917 en el Club de Señoras.

ES PROPIEDAD



Fot. Charlín (abril 1918.)

SEÑORITA ELVIRA SANTA CRUZ Y OSSA



ACTO I.—ESCENA I.—Doña Clarisa, Genaro, Armando, César y Marinita Busquillas.

“LA FAMILIA BUSQUILLAS”

ACTO PRIMERO

La escena representa el salón de la familia Busquillas. Puertas al fondo y a la derecha; a la izquierda una ventana con vista a la calle. Amoblado sencillo, pero de buen gusto, un piano, varias mesitas y columnas, cuadros, espejos y retratos en las paredes. En el medio de la escena una mesa redonda; sobre ésta, una lámpara encendida y un florero sin flores. En otras mesas y columnas también hay floreros vacíos.

ESCENA I

Doña Clarisa, Marina, Genaro, Armando y César Busquillas.

Al correrse el telón aparece doña Clarisa sentada cerca de la mesa, remendando un traje de niño. En primer término están Armando, sentado sobre la alfombra con su libro de estudio entre las manos; Marina, que juega con su muñeca y César, tendido cerca de ella, de codos en el suelo. En el sofá se encuentra recostado Genaro, estudiando sus lecciones.

(Los niños en coro:)

CESAR.—Dos por una, dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...

ARMANDO.—La Geografía es la ciencia que trata de la descripción de la tierra...

MARINA (meciendo su muñeca).—Duérmase, mi hijita, duérmase por Dios...

GENARO (fastidiado).—Mamá, por Dios, haga callar a estos chiquillos que no me dejan estudiar con su gritería...

CLARISA.—Cállense, condenados!...

ARMANDO.—Pero mamá... si a mí no me entra la Geografía si la estudio en voz baja...

CESAR.—Pero, mamá... ni a mí tampoco la tabla. Y después, la señorita Adela me pega con la regla en los dedos con sabañones...

CLARISA (dejando a un lado sus lentes).—Deja tranquilos a esos niños, Genaro... Ven a estudiar aquí o anda a repasar tus lecciones a tu dormitorio...

GENARO (se pone bruscamente de pie).—A estudiar a mi dormitorio... (con impertinencia) como si se viera algo en ese sucucho alumbrado con una vela de sebo... (Vase por la derecha).

CLARISA.—¡Qué niño tan insolente! (Continúa cosiendo) Y Eliana, ¿qué será de esta niña que aún no llega? (Toca el timbre que debe estar sobre la mesa).

EUDOMIRA (entrando por la derecha, con un florero y un ramo de flores).—¿Llamaba su merecé?

CLARISA.—Sí, Eudomira. ¿Llegó la señorita Eliana?

EUDOMIRA.—Sí, señora, en este *inte* viene entrando. Me entregó estas flores (las deja sobre la mesa y luego coloca el florero sobre el piano) y me dijo que le dijera que luegoito venía; que se iba a cambiar ropa pa la comida. ¿No me necesita pa náa más su merecé?

CLARISA (malhumorada).—Ya se estará acicalando Eliana horas enteras frente al espejo, mientras aquí no se hace nada... Yo tengo que estar en todo, en todo... Si yo no hago las cosas, no las hace nadie... *Pensar que los hijos le van a dar alivio algún día a sus madres... ¡qué disparate...!*

ESCENA II

Los mismos, Eliana.

ELIANA (joven y hermosa en su traje de gala, entrando por la derecha).—¿Me llamabas, mamá?

CLARISA (fastidiada).—A la hora que vienen apareciendo...

ELIANA.—Pero, mamá, ¿qué no me enviaste tú misma en busca de flores a Ñuñoa? Tenía que hacerle un rato de visita a las Toledo para que no se dieran cuenta del interesado móvil que allí me llevaba. (Coge las flores y comienza a distribuir las en los floreros).

CLARISA.—¿No me repiques! ¡Siempre has de estar contestándole mal a tu madre!...

ELIANA.—¿Pero, mamá!

CLARISA.—Deja ese "pero, mamá", con el que todos ustedes me tienen loca!... ¿Qué no diera yo por cambiar mi suerte con la de esa Hilda Serafin, que no tiene más hijos que sus estúpidas producciones literarias! ¡A ella, que tiene tantas ganas de que la llamen "mamá", le regularía yo esta media docena de chiquillos que me hostigan!... (Pausa) Deja ahí esas flores y ven a remendar este calcetín, descomedida.

ELIANA.—Pero, mamá, entonces, ¿quién arregla las flores?

CLARISA.—¡Vamos!... A la princesita de la ociosidad se le van a manchar las manitas porque zurree medias...

ELIANA.—No porque las zurza, mamá; dése alguna vez a la razón!

CLARISA.—Déjalo; tú has de hacer siempre tu gusto. (Pausa; luego insinuante) ¿Y, viste en Ñuñoa a Quiróga?

ELIANA.—No estaba allí...

CLARISA.—¿Y a Felipe?

ELIANA.—No pregunté por él.

CLARISA.—Claro está... (se quita los lentes) a ella como nada le importa que yo me mate trabajando, no se le ocurre ayudarme de ninguna suerte... aunque más no sea quitándose de encima con un buen matrimonio... (En tono más suave) Y esta mañana, ¿estaba Santos en el Cerro...?

ELIANA.—Sí, estaba...

CLARISA.—¿Y le hiciste caso?

ELIANA.—Ni pizca. ¡Cesa de interrogarme, mamá!... Se me figura que soy una de esas infelices chiquitinas a quienes sus padres envían por las calles a pedir limosna y después reciben látigo en mano, si no han coleccionado algún dinero. Yo no sirvo para eso, mamá. ¡Yo no puedo andar prodigando mis sonrisas a diestra y siniestra y atrayendo novios con mis halagos...

No tengo carácter para ello... Si te estorbo, deja que me vaya de una vez a las monjas...

CLARISA (furiosa).—¡No faltaba más!... Gracioso sería que me dejaras aquí sola con el peso de esta casa, mientras tú ibas a bartolear de la mañana a la noche en un convento de mojonatas... (Pausa. Irónica) Ya se ve que has salido a tu padre... eres el vivo retrato de ese indolente...

ELIANA.—¡Por Dios, mamá!

CLARISA.—¡Indolente y además cobarde!... que después de lanzar al mundo esa media docena de chiquillos, al primer contratiempo se levanta la tapa de los sesos y nos deja... mirándole la cara a la Divina Providencia...

ELIANA.—Tú sabes, mamá, que las flanzas le perdieron... y su honor comprometido...

CLARISA.—¿Qué flanzas ni qué puntillos!... Primero estábamos nosotros... ¿Qué honor es ese que pasa por encima de los suyos?

ESCENA III

Los mismos, Julieta.

JULIETA (muy elegante, alegre y risueña. Se detiene en la puerta del fondo y saluda).—Buon giorno, carissimi... (adelantándose en la escena) ¿Qué pasa? ¿Por qué estás lloriqueando, Eliana?... ¿Escenitas domésticas tenemos? ¡Já! ¡Já! ¡Siempre tan trágicas ustedes! A ver, chiquillos... (Les lanza un paquete de dulces, al que se abalanzan los niños).

CLARISA.—No vayan a dejar migas en la alfombra, niños. Vayan a comer su golosina a la repostería... (dirigiéndose a Armando) a ver, Armando, toma tu blusa y cuidadito con pelar de nuevo los codos. (A César) Y tú, no vuelvas a perder los botones...

ARMANDO y CESAR.—Bueno, mamá...

(Salen los niños por la derecha).

ESCENA IV

Clarisa, Julieta, Eliana; luego Eudomira.

(Julieta y Eliana conversan en voz baja mientras arreglan las flores).

EUDOMIRA (entrando precipitadamente por la derecha).—Señora Clarisa, esa cosita que traigo su merecé del centro se erriñó toitita...

CLARISA (despavorida).—¿Cómo, idiota? ¿Dónde la tenías?

EUDOMIRA.—Para que no se afambrara la ejé en la plancha de la cocina...

JULIETA (con curiosidad).—¿Qué es esa cosita que se erriñó toitita, mamá?

CLARISA.—¡Una bomba helada! ¡China estúpida!... mañana mismo te devuelvo al Hospicio... (Se pone de pie, amenazante, avanzando hacia Eudomira, que huye).

JULIETA (riendo a carcajadas).—¡Poner una bomba helada en la plancha de la cocina!... ¡Já! ¡Já! ¡Qué divertido!...

CLARISA (furibunda).—¡Hija desnaturalizada!...

(Salen Eudomira y Clarisa por la derecha).

ESCENA V

Julieta y Eliana.

ELIANA.—¡Estas comidas, Julieta! Te aseguro que para mí son una pesadilla cruel... ¿Con qué objeto da mamá estas fiestas si no tiene medios para organizarlas debidamente? La casa entera se trastorna; mamá se desorienta y nos desconcierta a todos. Ella cree engañar así a las gentes respecto a nuestra adictiva situación pecuniaria... A todos les refiere el famoso cuento de esas minas que sólo esperan la visita de un problemático yanqui para producir oro... (Cambia de actitud) Estoy harta de coquetearias y devaneos obligados, Julieta. Creo que me cambiaría por la última dependiente de tienda... A mamá le he dicho mil veces que me deje trabajar en cualquier empleo... que yo puedo ayudarla en otra cosa que no zurciendo la ropa de los chicos, mientras me muero de cansancio a la vuelta de uno de esos bailes que son necesarios para el éxito de mi carrera matrimonial...

JULIETA.—¡Qué tonta eres, Eliana... y cuán trágicamente tomas la vida, hermanita!... Yo soy como la palomita que canta sin morbosidades ni penas, desde que el sol se levanta... es decir, desde que se levanta Pepe... (maliciosamente) porque hasta que él no sale de la habitación yo finjo dormir para que me deje en paz... (ríe).

ELIANA.—Tú eres distinta, Julieta. Tú siempre has sido así... no tomas en serio la vida o la vida no te toma en serio a ti...

JULIETA.—¡Ah, por cierto! Es que yo no dejo que la vida me tome en serio, hijita... A mí no me vengan con quejas amorosas, ni con romanticismos al claro de luna. Así se lo tengo dicho a Pepe: "Cuando quieras romancéar, vete donde Eliana, eso está muy en su cuerda..."

ELIANA (afligida).—¡Ay, Julieta! ¿Qué haces? Yo me confundo; yo sé que la sociedad me juzga mal; que me tiene por una coqueta... tal vez comenten duramente mis actos, y nadie sospecha que soy más infeliz que una mendiga, a quien el día entero le están diciendo: "¡limosna, limosna, cástate, cástate..."

JULIETA.—Pues haz como yo... ¡Cásate, Eliana, cástate con don Santos! Ese viejo está que se derrite por ti... ¿Qué te importa? Tú no estás enamorada de otro, ¿verdad? Y luego, no todo es romance en la vida, por Dios; tendrás automóvil a la puerta, alhajas, muchas alhajas... No me digas que no te gustan las joyas, porque cuando te suelo prestar mi collar de perlas relumbran esas cuentecillas azules... Tendrás un palacio en Viña del Mar... (con malicia) tendrás... no, no tendrás... (Pausa). Las penas con pan son menos, Eliana... y las compensaciones son tantas... es tan agradable derrochar dinero; además, ¡tú eres tan linda!

ELIANA.—Me indigna oírte hablar así, Julieta... Yo tengo tan alta idea de la vida y del amor que, si por mí fuera, pasaría mil veces la existencia zurciendo medias y soportando miserias antes que malgastarla... ¡Ay! Julieta, tú no sabes cómo ansío ser feliz!... con qué envidia veo por ahí esas parejas de novios abortos en su felicidad! (Pausa). La unión del espíritu la considero yo esencial, Julieta! Yo no podría vivir la vida de un pajarito que canta!... Más

que el aire que respiro, me hace falta la comunión espiritual con un sér que me comprenda...

JULIETA.—Pataratas, pataratas!!! Eso me lo dice todos los días Pepe... y yo le respondo: "mira, Pepito, te quiero mucho, pero no me vengas a mí con psicologías, ni con idealidades pasadas de moda... Bien sabías tú que yo era una "cabeza de chorlito" cuando te casaste conmigo... y así te enamoraste de mí, a pesar de tu gravedad y de tus libracos... A nadie te has de quejar si no ha resultado conforme a tu ideal... Por lo demás, no te des el trabajo de analizarme, porque todos los días tendrías que comenzar ese estudio, desde que yo, adaptándome a las teorías ultramodernistas que desarrollas en tus libros, cada día evoluciono y aun en el momento en que estoy hablándote ya he evolucionado. Conténtate con el momento presente, Pepito, y dame un beso". Pepe refunfuña, suspira, luego sonríe y concluye por darme el ósculo solicitado... Pero, como entre el mohín, el suspiro y la sonrisa ha transcurrido más de un segundo, cuando Pepe me da el beso yo ya no tengo gana de recibirlo. Y así nos vamos, él y yo, cada día más felices...

ELIANA.—Tú... puede ser, Julieta... pero él, ¿quién te lo asegura?

JULIETA.—¡Su serenidad inmutable!...

ESCENA VI

Los mismos, Eudomira.

EUDOMIRA (entrando por la derecha).—Misiá Elianita, (solloza) dice la señora que le mande los paquetes que trajo su merecá del centro, y que le pregunte a misiá Julieta a qué hora van a llegar los helados...

JULIETA (remedando los sollozos).—Díle a mamá que los mandará Chavez a las siete en punto... Ya deben estar en camino...

EUDOMIRA.—Bueno, su merecá.

ELIANA.—Toma los paquetes y no llores, hijita. Ya sabes que mamá se pone nerviosa cuando espera visitas. Anda y seca esas lágrimas.

(Sale Eudomira por la derecha).

ESCENA VII

Eliana y Julieta.

ELIANA.—¿Lo ves, Julieta? Ya mamá habrá puesto de oro y azul a la pobre huérfana, que en mala hora llegó a esta casa... Te aseguro que yo estoy desesperada. Por la noche, las palpitaciones del corazón me sofocan; yo estoy enferma, yo no puedo seguir así, luchando y sufriendo...

JULIETA.—Pero, ¿qué te sucede, Eliana? Cualquiera diría que estabas enamorada... (Silencio) Pasando a otra cosa... ¿a qué se debe esta comida?

ELIANA.—A la visita de Edgardo Sullivan, el yanqui millonario que trae desaladas a todas las muchachas...

JULIETA.—¿Sullivan?... Mi pololo... ¿Qué divertido!...

ELIANA.—Julieta! ¿Cómo puedes expresarte así... tú, una mujer casada hace ocho meses solamente? (Sonríe sin querer) Pues has de saber que mamá tiene al yanqui en lista como posible candidato para mí... Ingresas al escalafón de pretendientes imaginarios con el número veintitrés...

JULIETA.—¡Pobre mamá! (Se sienta en el sofá, al lado de Eliana) Tú comprendes que ella lo hace por tu bien, porque no tiene cómo darte las comodidades que soñaba para ti... Acué-

der que nadie adivina que lo haces casi obligada por la angustiosa situación monetaria de mamá... Hilda, Isabel, Fernando, todos, todos, se rien de tus continuas intriguillas y estratagemas para pescar buenos partidos... Te han dado sobrenombres malévolos como el de "Comune" y, haciendo risa de nuestro propio apellido, te llaman la "Busquillas"... ¡la que busca novios...!

ELIANA.—¡Julieta, tú mientes!... eso me lo dices para que acepte a Santos... No, no puede



Julieta.

Eliana

ACTO I.—ESCENA VII.—ELIANA.—"Sí, para venderme al mejor postor..."

date de que siempre se ha mostrado orgullosa de tu hermosura...

ELIANA.—Sí, para venderme al mejor postor... Hago mal en decir esto, Julieta, muy mal, pero, ¿qué quieres? me siento acosada, perpleja, sin fuerzas para tomar una resolución... Te aseguro que por momentos es tal mi desolación, que sería capaz de cometer cualquier barbaridad... de llegar hasta el suicidio...

JULIETA.—¡Pobrecita!... (abrazándola) es la pobreza lo que te tiene así... Mira, Nanita, reflexiona bien en lo que te voy a decir... Si, por algún caso, Sullivan no te pretende, o si tú no sientes antipatía por él, yo te aconsejaría que te resolvieras de una vez por don Santos Esquivel. Yo te he visto muchas veces pololear con ese viejo...

ELIANA (interrumpiendo).—Obligada por mamá.

JULIETA.—Sí, ya lo sé. Pero esas coquetearias a diestra y siniestra te tienen muy desacreditada en sociedad; porque tú has de compren-

der que nadie adivina que lo haces casi obligada por la angustiosa situación monetaria de mamá...

JULIETA.—Cierto y muy cierto; se lo puedes preguntar al mismo Pepe... (Se levanta y va hacia la ventana).

ELIANA.—Cierto, ciertísimo, hasta Pepe lo dice... ¿Qué hacer, Dios mío!

JULIETA (volviendo de la ventana).—Mr. Sullivan atraviesa la acera. Pronto, pronto, Eliana; seca tus ojos y anda a ponerte un poco de polvos en la nariz...

(Sale Eliana por la derecha).

ESCENA VIII

Julieta, Sullivan, Clarisa y Eliana.

SULLIVAN (muy tieso y elegante, de smoking).—Mrs. Elgueta... pero, mire, ¡qué encantadora sorpresa!...

JULIETA (que fingía estar distraída frente

a un espejo).—¿No la esperaba? ¿Entonces usted no sabía que yo era hija de la señora Busquillas?

SULLIVAN.—Lo ignoraba del todo... Como a usted la llaman los unos Julieta a secas, y los otros señora Elgueta...

CLARISA (entrando por la derecha, llena de requiebros).—Bienvenido, señor Sullivan...

JULIETA (presentando).—Mamá...

SULLIVAN.—A los pies de usted, señora Busquillas...

CLARISA (admirada).—¿Ya se conocían ustedes?

SULLIVAN.—Sí, señora, ya había tenido ese placer en un "dancing-tea" del Club Hípico.

CLARISA.—Y Eliana, hijita, ¿dónde está? (Aparte).

JULIETA.—Ya vendrá, mamá. (Aparte).

CLARISA.—¿Por qué no viene? Es ella la que debería estar aquí para recibir. ¿Qué majadera es esta muchacha!

(Sullivan y Julieta rien amistosamente).

JULIETA.—Parece que está usted muy habituado en nuestro país, Mr. Sullivan...

SULLIVAN.—Muy, mucho, señora Elgueta, y sobre todo, encantado con las mujeres santiagueñas...

JULIETA.—¿Con todas?

SULLIVAN.—Permitame... (Se aproxima más a Julieta).

CLARISA (entrando en compañía de Eliana).—Señor Sullivan, le voy a presentar a mi hija Eliana, a quien creo que ya conoce usted de vista...

SULLIVAN.—Efectivamente, señora; la belleza de la señorita Busquillas es de fama en estos centros sociales... Por las reseñas que tengo, es una "belle du village".

CLARISA.—No tanto, señor Sullivan. (Obsequiosa) Y ¿qué le ha parecido a usted Chile?

SULLIVAN (muy tieso).—Bieeeen...

CLARISA.—¿Ha visitado usted los paseos públicos: la Quinta, el Cerro Santa Lucía, el Parque, el Club de Señoras?

SULLIVAN.—Sí, señora Busquillas, todo lo he visitado, pero no le sabría decir cómo se llama propiamente cada sitio que yo he recorrido; porque hay una Alameda que no tiene álamos que mostrar; una Quinta Normal que no está normalista; un Club de Señoras donde encuentro muchos caballeros... el Cerro es una hermosa visión de la ciudad colonial... todo es aquí muy hermoso y muy primitivo...

CLARISA.—Y las mujeres, ¿qué le parecen? (Vuelve el rostro hacia sus hijas).

SULLIVAN.—Me parecen muy bonitas todas, y muy mironas...

JULIETA (rie estrepitosamente).—¡Já! ¡já!

SULLIVAN.—¿Por qué ría? ¿He dicho algo inconveniente?

CLARISA.—Nada, señor, es que la Julieta es una loca... (Fastidiada).

SULLIVAN (amable).—No, señora, es todo lo contrario, es encantadora...

CLARISA.—¿Y se queda usted mucho tiempo más en Chile, señor Sullivan?

SULLIVAN.—Todo el tiempo que sea necesario para arreglar los negocios de la "Cooper Company Limited", señora Busquillas. Nuestros

capitales les tenemos comprometidos aquí, ¿sabe?... De manera que yo...

ESCENA IX

Los mismos, Marinita.

MARINA (corriendo por la derecha).—Mamá, mamá, César me pegó...

CLARISA.—Anda hijita, no incomodes!...

SULLIVAN.—Déjela aproximarse, señora Busquillas, me gustan mucho los niños. Ven acá, nena, (la besa). Yo tengo una Lily, de esta edad, y tan rubita como su "baby".

CLARISA.—Entonces ¿es casado usted, señor Sullivan?

SULLIVAN.—Por supuesto, señora, y eso precisamente iba yo a decirle cuando entró la nena... Como yo debo permanecer aquí largo tiempo, he pedido a Mrs. Sullivan que se traslade a Santiago con mis hijitos. Me hacen falta los niños...

CLARISA (tercemente).—Ah! Ah! Sí! Sí! (Silencio).

JULIETA (a Eliana, con picardía).—¿Qué chasco tan superior!...

ELIANA (fastidiada).—Eso le pasa por casamentera...

JULIETA.—Ahora no te queda otra disyuntiva que darle tu blanca mano a don Santos. Hazlo; Nanita, y que te lleve el destino... (Deja su silla y se acerca a Sullivan; con coquetería: Diga usted, Mr. Sullivan, ¿es bonita su esposa? ¿Qué tipo tiene?

SULLIVAN.—El de usted. Pero siendo usted muy mucho más hermosa...

CLARISA (retirándose bruscamente del lado de Sullivan) (Aparte).—¿Yanqui del demonio, y yo que me molesté tanto por él!

ELIANA.—¿Mamá! ¿Mamá! No la vayan a oír...

ESCENA X

Los mismos, Hilda, Fernando, Isabel, Santos, luego Pepe.

HILDA (desde la puerta del fondo).—¡Hola! ¿Qué tal?

(Clarisa y Eliana acuden a saludar a sus invitados).

SULLIVAN (que continúa charlando con Julieta).—Dígame, Mrs. Elgueta, ¿es que habré hecho una "gaffe" con su señora madre de usted?

JULIETA.—Ninguna, Mr. Sullivan. ¿Por qué se le ocurre eso?

SULLIVAN.—Porque ha cambiado de actitud conmigo muy bruscamente.

JULIETA.—No lo crea usted, Mr. Sullivan. Mamá está nerviosa y preocupada porque acaba de fracasar un negocio espléndido que ella traía entre manos. (Volviéndose a saludar a los recién llegados). (A Hilda) Insigne literata, ¿por qué llegas tan tarde? ¿Dónde me dejaste a Pepe?

HILDA (llena de motivos).—Me abandonó por la conferencista...

ISABEL.—Estuvo magnífica la fiesta en el Club de Señoras...

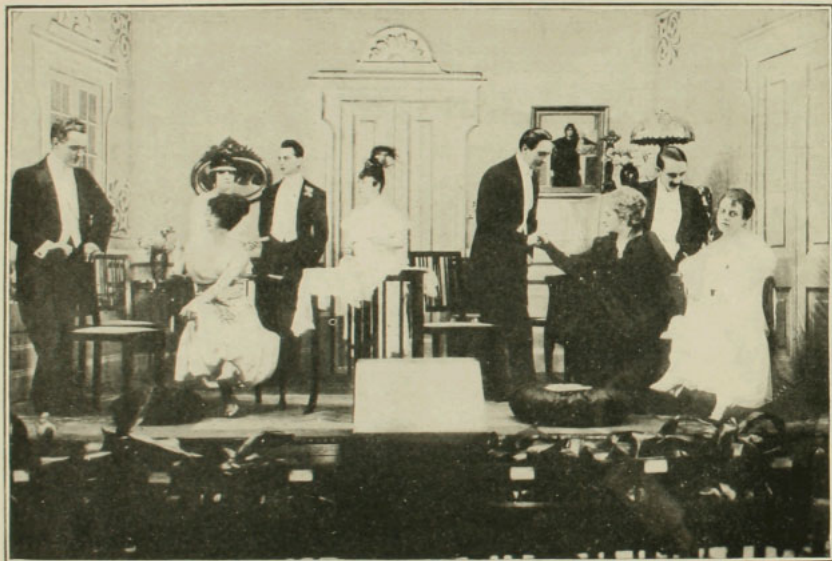
JULIETA.—Tú, Chabela, siempre encuentras todo bueno. ¿Qué tal la conferencia, Hilda?

HILDA (con desgano).—¡Simpatiquita, simpatiquita!... Tú más o menos conoces nuestra literatura femenina, Julieta, hecha de restos de educación monjil o de filosofía laica y abstrusa... Lo que es ahondar en problemas psicológicos, eso no... todas ellas se encierran en vulgares generalidades...

PEPE (entra, saluda al grupo que forman Eliana, Santos, Isabel y Fernando. Dirigiéndose a

conmigo que acá no se encuentran personas de talento, Pepe... que en Chile casi no hay con quien tratar, porque hombres y mujeres, o son ignorantes o unos pretenciosos que se creen capaces de darle lecciones al mismísimo Bergson. ¡En París!... allá sí que me sentía yo en mi centro... en ese grande hogar de la intelectualidad mundial...

JULIETA (interrumpiendo con violencia).—¿Y por qué no te quedaste allí, Hilda? Hiciste mal en volverte al país, porque en el roce con gente vulgar vas a olvidar mucho de lo que asimilaste en aquellos centros intelectuales... (A Sullivan, en un aparte) Me revienta esta pedante!!! ¿Vamos a hacer un poco de música?



ACTO I.—ESCENA X.—Clarisa, Eliana, Julieta, Isabel, Hilda, Pepe, Santos, Sullivan y Fernando.

su esposa).—Encantado, Julieta, encantado y sintiendo que no hubieras querido acompañarme. La niña Méndez habló divinamente. Erudición, talento, profundidad; todo lo reunía ese estudio sobre el gran poeta español.

JULIETA.—La Hilda no es de tu opinión, Pepe. Ella no participa de tu entusiasmo absolutamente...

HILDA (condescendiente).—¡Sí, sí! Comprendo que Pepe, al expresarse así, él, que es un escritor de fama, lo hace por bondad de corazón.

PEPE.—No, señorita Hilda. No lo crea usted ni por un momento. Lo hago porque reconozco el talento donde lo encuentro y jamás confundo lo que vale en realidad con aquello que es mera producción de una fantasía enfermiza...

HILDA (con calor).—Ya lo creo... (Insinuante) Por lo tanto tendrá usted que confesar

SULLIVAN.—Con mucho gusto. (Salen por el fondo).

ISABEL (en primer término; con coqueteo).—Eso lo dicen todos, Fernando. Pero que se lo crean es otra cosa...

FERNANDO.—Se lo aseguro a usted, Chabela. Pololeos puede ser, ¿quién no los ha tenido, si desde que dejamos la cuna comienza nuestra vida sentimental? Pero esto es serio, muy serio; se lo juro, Isabel... (Continúan hablando en voz baja).

SANTOS (acercándose a Eliana).—Elianita... ELIANA.—No me fastídie usted, don Santos.

SANTOS.—¡Quíteme el don, Elianita... por favor! Ya sabe usted que sólo tengo cuarenta y nueve años... (Insinuante) ¿Por qué me aborrece usted? ¿Qué crimen he cometido yo sino el de adorarla cada día más...?

ELIANA (sonríe, a pesar suyo).—Usted debió

ser el Romeo de Julieta, Santos... Para enamorado no tiene precio...

SANTOS.—No se burle de mí, Elianita. ¿Por qué no me pone a prueba? Verá usted qué modelo de marido resulto yo... Me pasaría la vida de rodillas ante usted...

ELIANA (con coquetería).—¿De rodillas...? ¡No, por favor! Se vería usted demasiado grotesco.

SANTOS.—Elianita... ¿Cómo pudiera yo convencerla...? ¿Le gustaría hacer un viaje a Europa, a los Estados Unidos?

ELIANA.—Con usted, don Santos, ni a Renca... (Ríe nerviosamente) Dígame, Santos, ¿por qué no corteja mejor a Isabel?

SANTOS.—Porque es a usted a quien quiero yo; no puedo remediarlo... ¡ingrata! Mire, Elianita... (en tono confidencial) estoy por creer lo que andan diciendo de usted en sociedad...

ELIANA (turbadísima).—¿Qué dicen?

SANTOS.—Que sus veleidades y coqueteos sólo son pantallas... Que usted está enamorada de alguien con quien no se puede casar... dicen también que... (muy bajo) que por eso no me hace caso a mí...

ELIANA (con ojos despavoridos pasea su vista por la sala y luego, precipitadamente, como para no dar lugar a la reflexión).—No me diga más, Santos; ya no daré más pábulo a la maledicencia!!! Puede usted decirle a mamá que estamos comprometidos... Arregle con ella la boda... ¡Así lo querrá Dios! Diré como Julieta: ¡Que me lleve el Destino!... ¡JÁ! ¡JÁ! ¡JÁ!

EUDOMIRA (desde la puerta de la derecha).—La señora está servida...

PEPE (sigue el diálogo entre Eliana y Santos con vivo interés; al oír la risa nerviosa de Eliana se pone de pie; quiere dirigirse hacia Eliana pero se detiene).—Vamos a la mesa, doña Clarisa; vamos, señorita Hilda, (le da el brazo) yo estoy que perezco de hambre, porque no sólo de conferencias y literatura vive el hombre, señorita Hilda...

HILDA (riendo con coquetería).—Ni la mujer menos!...

(Vanse todos por la derecha).

ESCENA XI

Genaro.

GENARO (entra por el fondo calzando chinelas de mujer. Se tiende en el sofá).—¡Al fin... se fueron al comedor... Mamá es muy graciosa: "Andate a estudiar a tu dormitorio..." ¿A cuál dormitorio? ¿Al suecho que comparto con Armando y César, alumbrado por la pésima luz de una vela de sebo? Y después pretenden que sea el primero en mi clase... ¡Maldita pobreza!...

ESCENA XII

Genaro, Eudomira.

EUDOMIRA (entra por el fondo).—Don Genaro, dice su mamá que vaya su merced a la esquina, al despacho de don Cayetano y que le

pida dos botellas de champaña al fiao... y que le manda estos diez pesos a cuenta... que vaya pronto, que ya está aquí de güelta...

GENARO.—¿Cómo voy a ir con estas zapatillas de la Eliana, mujer... ¿Por qué no fuiste a buscarme mis botas donde el zapatero?

EUDOMIRA.—¿Quién lo ha de conocer, patroncito... está tan oscura la calle... nadie le echará de ver las zapatillas... continúas que los despacheros creerán que va usted disfrazado... Vaya no más, u si no la patrona se los enoja del tóo... (Confidencial) Parece que tenemos casorio...

(Salen ambos por el fondo).

ESCENA XIII

Pepe, luego Eudomira.

PEPE (por la derecha).—Es inaudito, horrible, inhumano... ¿Cómo es posible horror semejante! (Toca el timbre eléctrico).

EUDOMIRA (por la derecha).—¿Llamaba el señor?

PEPE.—Sí. Dile a la señora Julieta que pase, que un caballero la busca con apuro... (Se pasea agitado y nervioso) ¡No, no lo puedo, no se debe soportar!...

ESCENA XIV

Pepe, Julieta.

JULIETA (entrando por la derecha).—¿Quién me necesita? Ah, ¿eras tú, Pepe? ¿Cómo dijiste que tenías tanta prisa?...

PEPE (fuera de sí).—¡Imprudente! ¿Qué has hecho?... ¡Has vendido a tu hermana! (La coge de un brazo).

JULIETA.—Suéltame, Pepe. ¿Qué te pasa? Parece que no sabes con quien hablas... tienes unos ojos de loco y unos modales de peón... ¿A quién he vendido yo?

PEPE.—A Eliana. Hace ya mucho tiempo que vengo observando tus maquinaciones y las de tu madre... No me vengas a decir que Eliana ha consentido voluntariamente en ese compromiso que están celebrando ustedes con champagne. ¡Qué infamia!...

JULIETA.—No veo por qué me culpas a mí, Pepe. ¿No viste que ella misma declaró su compromiso? ¿No la oíste reír estrepitosamente mientras todos la embromaban y brindaban por ella? (Fastidiada y encarándose con Pepe) Y, por último, ¿qué tienes tú que inmiscuirte en asuntos de mi familia? Bastante honor te hice yo al aceptar tu plebeya mano...

PEPE.—¡Mi plebeya mano!... No, Julieta, no fué mi plebeya mano la que aceptaste; fué mi aristocrático dinero... Bien me lo has hecho comprender en estos ocho meses, durante los cuales se han deshojado una a una todas mis ilusiones... Yo fuí atraído por el seductor halago de una voz que parecía nacer del corazón, rebozando sentimentalismos conmovedores... Aturdido por la felicidad que anhelaba mi alma, violenté mi paso y equivoqué el camino...

JULIETA.—Y ¿cómo no me lo decías? ¿Có-

mo si te sentías tan horriblemente desgraciado (con sorna) mostrabas un semblante tranquilo? No, hijito, no me vengas a mí con escenas de espeso desilusionado; escenas buenas para novelas por entregas...

PEPE (desalentado y triste).—Todo, todo, te lo hubiera perdonado, Julieta... Jamás te habría hecho recriminaciones, ni enrostrado tus coquetuerías... y ligerezas... Esas ya nada me importaban...

JULIETA (interrumpiendo violentamente).—Es claro... los sentimientos nobles no se adquieren ni se improvisan así no más...

PEPE.—Julieta, Julieta, Eliana no debe ir al sacrificio; es preciso salvarla. No podemos en conciencia abandonar a la víctima... No puedo... Yo debo defender y salvar a tu hermana.

JULIETA.—¿Por interés?

PEPE.—¿Y cuál podría ser? Y en el caso de haberlo, el interés que pugna por las cosas nobles es santo, y a él debe sacrificarse hasta la propia vida... Yo protesto contra la empresa inmoral, violenta, sacrificadora... y en eso es triba mi interés...

JULIETA.—Es que tú no podrías decirme... (Se interrumpe) Mira, Pepe, cuando nos casamos, todo el mundo decía: "¡Pobre niña, sacrificada a un soñador... que no vive dentro de la amarga realidad de la vida... pronto deshecho el juguete, rodará por el suelo!" ¡Un poe-

ta!... ¿Qué sabe un poeta de la acción fecunda y práctica de la vida? Y ahora resulta que, según tú y algunas gentes, no yo, por supuesto... eres tú el sacrificado... Hoy opinas respecto de mi hermana con igual criterio que aquella gente... ¿Sabes acaso si el sacrificado vendrá a ser con el tiempo el tal don Santos?...

PEPE.—El tal don Santos... El tal don Santos es un degenerado!! ¡Por Dios, Julieta!... ¡No sacrifiques a tu hermana! Enferma y débil de carácter como es, ha cedido fácilmente y sucumbirá martirizada... ¡Eso no te lo perdono, no te lo puedo perdonar!...

JULIETA (altanera).—¿Como gustes! Prescindiré de tu perdón como he prescindido de tantas otras cosas... Y ojalá transcurra mucho tiempo sin que me lo otorgues... Te aseguro que yo estaré felicísima por ello...

(UNA VOZ LLAMA).—Julieta! Julieta!

JULIETA.—Voy al instante... (Cantando) Si tu ne m'aime pas, je t'aime, et si tu...

PEPE (con tristeza la sigue con la vista, y luego se sienta).—Ella que dice no sentirme yo dentro de las miserias de la vida, después de lo que ha hecho se va cantando... Las aves trinan para deleite de errantes peregrinos... Pero, ¡ah! las aves, Dios mío, las aves no abandonan el calor de sus nidos!...

TELON



Pepe

Julieta

ACTO I.—ESCENA XIV.—PEPE.—“No, Julieta, no fué mi plebeya mano la que aceptaste; fué mi aristocrático dinero”.



Dña Clarisa, Eliana, los niños Busquillas.

ACTO II.—ESCENA IV.—ELIANA.—“¿Entonces, son felices ustedes?”

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de Eliana Busquillas de Esquivel. Amoblado rico y elegante, chiffonier y estantes con libros, buenos cuadros, mesas y estatuas, muchos cojines, etc. Puertas al fondo, a la derecha y a la izquierda.

ESCENA I

Eliana, Eudomira.

EUDOMIRA (entrando).—¿Llamaba la señora?

ELIANA.—Sí, Eudomira. ¿Qué dijo mamá? ¿Van a venir los niños?

EUDOMIRA.—Sí, señorita... dijo que luego los traería a todos... Se quedaron poniéndose los trajes que su mamá les mandó...

ELIANA.—Bueno, Eudomira... arregla bien la mesa y, cuando lleguen los niños, entrálos al comedor.

EUDOMIRA.—Bueno, señorita.

(Váse por la derecha).

ESCENA II

Eliana.

ELIANA (releyendo un telegrama).—¡Tres días más, tres días de tranquilidad absoluta... ¡Qué bien me vendrán!... Estoy cansada... de vivir!... (Suspira).

ESCENA III

Eliana, Dña Clarisa.

CLARISA (entrando, en traje de recepción).—Buenas tardes, hijita!... Feliz día, mi alma!... ¿Cómo te has sentido hoy?

ELIANA (sonriendo).—Bien, mamá, pasé buena noche...

CLARISA.—¿Estuvo el doctor...? ¿Qué te dijo?

ELIANA.—Que redoblara la dosis de estrofantó y de digital, y que me alimentara mejor.

CLARISA (distráida).—Y Santos, ¿llegó? ¿Estará aquí para festejarte hoy?

ELIANA.—No, mamá. En este momento recibo un telegrama de Valparaíso en el que me anuncia la postergación de su viaje.

CLARISA.—Los negocios, hija, son los negocios... Yo, en tiempo de tu padre, pasaba muchas soledades porque él también tenía que ausentarse de casa. En una ocasión... deja que te cuente algo muy gracioso que me sucedió...

ELIANA (interrumpiéndola).—Otro día me lo contarás, mamá... Ahora estoy un poco mareada...

CLARISA.—Bueno, hijita. Pero, ¿no te sien-

tes mal? ¡Ay, por Dios santo!... ¿Qué tienes? (Mirando la hora en su pulsera-reloj).

ELIANA (fastidiada).—Nada, mamá, estoy débil, eso es todo... la convalecencia de una fiebre tifoidea pone delicada...

CLARISA.—¿De veras no te sientes mal? (Silencio. Insinuante) Mira, Elianita, yo quisiera ir a saludar a Anita Arrieta, pero si tú no estás bien, no iré...

ELIANA (animándose).—Anda, mamá, vete, no pierdas esa recepción. Dicen que estará concurrendísima... Yo no tengo nada. (Se pone en pie) Ya ves, estoy perfectamente... Anda, mamá; estás muy elegante y muy joven... pareces hermana de tus hijos... (Sonríe forzada-mente).

CLARISA (abrazándola).—Encanto, preciosidad... Mejórate pronto para que Santos te encuentre buena a su regreso... (Sale por el fondo y vuelve a entrar inmediatamente) ¡Qué cabeza la mía!... Olvidaba darte las gracias, Nanita, por los trajes que enviaste a los niños. Están locos de gusto...

ELIANA.—¿Vinieron los niños, mamá?

CLARISA.—Sí, hijita... La Eudomira los pasó al comedor... Pero si te incomodan, es mejor que no entren...

ELIANA (anhelante).—No, no, que vengan pronto... Estoy deseosa de ver cómo les sientan los trajes...

ESCENA IV

Eliana, Marina, Genaro, Armando y César

MARINA (corriendo).—Nana, Nanita, mira mi vestido... ¡Igual al de la Olguita!...

(César y Armando la abrazan y muestran sus trajes).

GENARO (la besa emocionado).—Gracias, hermanita. ¿Te sientes mejor?

ELIANA.—Sí, Genaro... Y tú, cómo estás? ¿Cómo van las matemáticas?

GENARO.—Soy el primero en la clase... (Con orgullo) Todos los profesores nos alaban y recompensan ahora...

CESAR.—Yo creo que antes, como nos veían tan rotos nos trataban mal...

ARMANDO.—Ahora lo pasamos muy contentos, Nanita... Hasta los Andía son amigos de nosotros ahora, y siempre nos preguntan dónde nos hacen los trajes, porque su mamá nos encuentra muy bien vestidos...

ELIANA (contenta, sonríe).—¿Entonces son ustedes felices, chiquillos?

GENARO, ARMANDO, CESAR y MARINA.—Sí, Nanita.

ELIANA (clavando los ojos al cielo).—Gracias a Dios!...

GENARO.—Gracias también a ti, hermanita buena... (La besa).

ESCENA V

Los mismos, Eudomira.

EUDOMIRA (entra por el fondo).—Misiá Hilda, la señorita Isabel y don Fernando preguntan si pueden pasar...

ELIANA.—¡Cómo no! que entren. (A los niños) Vuelvan al comedor, niñitos y que la Eudomira les haga unos paquetitos de dulces, para que lleven mañana al colegio...

(Salen los niños por la derecha).

ESCENA VI

Eliana, Hilda, Isabel, Fernando.

HILDA.—Hola, ¿qué tal? ¿Se mejora la enfermedad? Pero, ¡qué buen semblante tienes, Eliana!... Como de día de santo. Te lo deseo muy feliz...

ISABEL.—Y yo lo mismo, Eliana... (Se besan).

ELIANA (de pie, obsequiosa).—Gracias, amigas mías. Son ustedes muy bondadosas. (Dirigiéndose a Fernando) ¿Cómo está, Fernando? (Se sienta) He sabido que ustedes tienen novedades...

ISABEL (tímida).—Precisamente; Fernando y yo veníamos a participártelas antes que a nadie...

ELIANA (con entusiasmo).—Los felicito de todo corazón... Se conocen ustedes bastante y se quieren mucho, ¿verdad?

FERNANDO.—¡Oh! sí, Eliana! Amor hay de sobra y valor también... Fortuna es lo que nos falta; Isabel tal vez sufra...

ISABEL (interrumpiéndole fastidiada).—¿Para qué dices eso, Fernando? No me ofendas. Tú sabes que yo soy del estilo antiguo: "Contigo pan y cebolla".

ELIANA (pensativa).—Estilo antiguo y siempre nuevo, porque es el único que lleva a la felicidad. (A Hilda) Y tú, Hilda, ¿cuándo te casas?

HILDA.—¿Yo...? ¡Jamás!... A mí no me gustan las cadenas eternas... Elianita. Mi destino en la vida es el arte; mis hijos serán los libros que dé a la luz, y mi apostolado el de contribuir con mi propio esfuerzo a desarrollar el espíritu de rebelión y de libertad en la mujer chilena... Es preciso que haya en Chile quien se preocupe con la emancipación de la mujer, quien vele por sus derechos... (Más tranquila) Si estuviera permitido el divorcio en Chile, tal vez aceptaría la mano de alguno de mis admiradores... Pero, sin divorcio, ¿qué haría? Son tan insulsos los hombres... Pronto me cansaría de ellos... Nunca se puede abundar en materia alguna psicológica con estos chilenos... No tienen interés... Y luego, los deberes del hogar interrumpirían el raudito vuelo de mi espíritu... Acaso llegaría a rebajar-me hasta las materialidades de la existencia donde se arrastra el vulgo...

(Isabel y Fernando rien solapadamente).

ESCENA VII

Los mismos, Julieta.

JULIETA (muy lujosa, en traje de carreras. Se detiene en la puerta hasta que Hilda concluye de hablar. Como un torbellino).—¡Hermanita, fe-

liz día! ¡Qué buen aspecto tienes, querida!... Se diría que habías pintado tus mejillas y sombreado tus lindos ojos... (Saluda a los demás).

ELIANA.—¡Cuán alegre vienes, Julieta. Parece que no te ha causado gran impresión la estafa del petardista Sullivan? ¿No le has dado ni un suspiro a tu fiel adorador... encarcelado por robo...? (Ríe) Cuando pienso que casi entra en la lista de los pretendientes a mi blanca mano...

JULIETA.—¡Las ocurrencias tuyas, Eliana! A mí nada me afecta, nada me quita la alegría ni el apetito... (Se sirve un confite).

ISABEL.—Pero siquiera estos chascos te da-

ELIANA.—¡Cómo no, Julieta! Estás en tu casa.

JULIETA (después de un ligero silencio).—Y Santos ¿no está aquí?

ELIANA.—Acabo de recibir un telegrama en el que me dice que retarda su viaje por algunos días más.

JULIETA.—Eso no es verdad, Eliana, porque yo... (Se interrumpe).

ELIANA (alarmada).—¿Por qué, Julieta?

JULIETA (turbada).—Por nada, ni sé lo que iba a decir... Vengo de las carreras... ¡Qué gentío y qué lujo!... ¿Te acuerdas, Isabel, de ese vestido de tul color barquillo, bordado con



Eliana, Julieta, Hilda, Isabel y Fernando

ACTO II.—ESCENA VII.—JULIETA.—“Un traje de mil quinientos pesos y su marido sólo gana ochocientos pesos al mes! ¡Qué escándalo!”

rán experiencia, Julieta, para no intimar con aventureros...

JULIETA.—¡Qué esperanza! Ahora que el yanquecito cayó en desgracia,—y era simpático el pobrecillo—tengo de cortejante a un tipo tropical, ardiente, perfumado, paradojal...

FERNANDO.—¿De qué nacionalidad es ese feliz mortal?

JULIETA (muy seria).—¡Cosmopolitano!...

HILDA.—¿Cómo? ¿Qué disparate dices? Esa palabra no está en ningún léxico castellano...

JULIETA.—Así me lo ha dicho él; y si él lo dice, así será. (Con impertinencia) Pero, ya le podrás someter a un interrogatorio, Hilda. En algunos instantes más vendrá para acompañarme a la vermouth del Royal. ¿Permites que le haga entrar, Eliana?

mostacillas azules que vimos donde Otero? Lo llevaba la Emilia... Un traje de \$ 1,500... y su marido que no gana más de \$ 800 al mes... ¡Qué escándalo!... Por cierto que Luchó le dijo a la Emilia que el traje le sentaba a las mil maravillas... (Con malicia).

ELIANA.—Julieta, Julieta, no seas peladora, no me gusta oírte hablar así...

JULIETA.—También vimos a Pedro Lagos con su horror de mujer... ¡El llevaba una cara de ajusticiado!... Pero, oigan ustedes algo soberbio que me contó Casales en el Paddock... Juan Jiménez le ha pillado unas cartas de amor a la mogigata de su mujer... y está que arde solo... Parece que, a pesar de no estar firmada esta correspondencia amorosa, él reconoció la letra, y le ha mandado los padrinos... Adivi-

nen ustedes a quién... Se las doy en ciento que no adivinan...

ELIANA (molesta).—No quiero saberlo, Julieta. ¿Por qué no cantas algo, en vez de servir de escandalosa gacetillera social?

JULIETA.—Bueno, hermanita escrupulosa. ¿Me acompañas, Isabel?

(Julieta, Isabel y Fernando, en primer término a la izquierda).

JULIETA (se aproxima a ambos) (Aparte).—Oigan ustedes algo, pero no demuestren asombro... Santos estaba en las carreras con la Fantini...

FERNANDO.—¿Cómo?

JULIETA (con el índice en la boca).—¡Chit!

ISABEL.—Entonces, ¿eso del viaje a Valparaíso era falso?

JULIETA.—Completamente falso. Ese viejo es un canalla, un pillo, un malvado... Estén ustedes sobre aviso por si llega algún visitante indiscreto...

(Julieta canta acompañada al piano por Isabel. Los demás actores toman actitudes naturales).

ESCENA VIII

Los mismos, Diego Salamandra y Rioja.

(Mientras canta Julieta, se introduce en la escena un tipo ridículo: indumentaria fantástica, colero y bastón en mano).

JULIETA (al concluir su romanza, divisa al visitante).—¡Manolito!... Voy a presentarle a estas damas... (Solemne) Don Diego Salamandra y Rioja; ¿qué más, Manolito?

DIEGO.—Segovina, señora, si es que este apellativo osa pasar por los labios purpúreos de usted para derramarse en ondas sonoras por esta estancia que perfuma el delicioso aroma de tres divinidades... esencias ricas en frascos de ambar...

(Sonrisas y saludos).

HILDA (encantada).—¿Usted vendrá a Chile, señor Salamandra, con alguna misión internacional?

DIEGO.—Precisamente, señora...

HILDA (interrumpiendo con coquetería).—¡Señorita!...

DIEGO.—Señorita, perdone... He danzado toda la noche con tantas hermosas en el baile de Pérez Basualto, que no sé dónde tengo la cabeza... los perfumes femeninos me grisan...

JULIETA (aparte).—Es su tema. Parece que le persigue toda una perfumería.

FERNANDO.—De pachuli...

HILDA (insinuante).—Le preguntaba yo cuál era su misión en Chile, señor Salamandra.

DIEGO.—Sí, sí; hasta aquí nadie me lo había preguntado, señorita... los chilenos son tan abiertos, tan hospitalarios!... Mi misión es de la más delicadísima, señores... (Con charlatanería) Yo soy agente propagandista...

FERNANDO (interrumpiendo).—¿De alguna compañía aurífera?

DIEGO (con malicia).—Mieux que ça, mieux que ça; (con énfasis) soy el único agente en América de la nueva marca de jabones perfumados "La Cosmopolitana". Precisamente, traigo aquí algunas muestras que puedo obsequiar a ustedes para que, al acariciar sus lindos rostros con esta aromática espuma, recuerden al donante y al fabricante... Manchas, arrugas, pecas y paños, todo lo quita este maravilloso jabón, ideado por un gran admirador de la belleza femenina. (Reparte los jabones en silencio; luego, como nadie le responde, se dirige a Julieta) Señora Elgueta, creo que ya es la hora para que nos marchemos a la vermouth del Royal, si usted no manda otra cosa...

JULIETA (con desgano).—Gracias, señor Salamandra, me voy a quedar un momento más... con mi hermana.

DIEGO.—Entonces, a los pies de ustedes, señoras, (saludando sin obtener respuesta) señorita, caballero...

(Sale por el fondo).

ESCENA IX

Los mismos, menos Diego Salamandra y Rioja.

JULIETA (ríe a carcajadas).—¡Já! Já! Já!

ELIANA.—Julieta, Julieta...

JULIETA.—¿Cómo no me he de reír!... Y las Pérez Basualto que son tan enteradas, le invitaron al baile... ¡No; esto está muy rico! (Cambiando de tono, asustada) ¡Ay! por favor, no se lo cuenten a Pepe... ni le digan siquiera que estubo aquí ese tipo... (Nerviosa se pone de pie) Mejor es que me marche de una vez: Pepe puede llegar de un momento a otro... ¿Te llevo en mi auto, Hilda?

HILDA.—Con mucho gusto.

JULIETA (se prepara a salir. Dirigiéndose a Isabel y Fernando).—¿Se quedan ustedes?

ISABEL.—Un momento más.

(Salen por el fondo Julieta e Hilda).

ESCENA X

Eliana, Isabel, Fernando, luego Pepe.

ELIANA.—¡Qué Julieta! (Riendo) La misma loquilla de siempre... Cometiendo toda clase de indiscreciones, pero buena en el fondo... (Suspira) Y ustedes, pichones, ¿piensan formarse aparte?

ISABEL.—Sí, Elianita, Fernando y yo sabremos avenirnos con lo que poseemos. Además tú sabes que soy muy casera.

FERNANDO.—Y tan abnegada...

ISABEL.—¡Eso no, Fernando! Porque no cabe hablar de abnegación cuando es el cariño el que guía nuestros actos.

ELIANA.—Dices bien, Isabel. En tu sencilla filosofía hay mayor cordura y más talento que en toda la grandilocuente sabiduría de la mari-sabidilla Hilda.

PEPE (entrando).—Buenas tardes, Eliana, y

que tengas un día muy feliz... (Saluda a Fernando e Isabel).

ELIANA.—Gracias, Pepe. ¿Cómo lo has pasado en el campo? (Alegrándose).

PEPE.—¿En el campo? Bien. El pasto crece, los frutales florecen y el poeta se convierte en campesino. (Sonríe) ¿Y tú? ¿Ya salen los colores a esa carita que dejé yo tan paliducha?

ELIANA.—Sí, sí, no sé por qué hoy me siento mejor, mucho mejor. (Animándose).

PEPE (se sienta).—Vengo de las carreras... había un gentío inmenso... pero ya Julieta les habrá dado noticias...

FERNANDO.—¡Sí, sí! (Tratando en vano de prevenir a Pepe).

PEPE.—Allí encontré a Santos, tu marido, Eliana, discutiendo con mucho apasionamiento el batatazo del "Stud Limited".

ELIANA (alarmada).—¿Santos en Santiago? ¿Te habrás equivocado?...

PEPE.—Santos Esquivel... ¿Qué tiene eso de extraño? (Mira a Fernando y no comprende las señas) ¿Cuándo se han corrido carreras en el Club Hípico sin que Esquivel no las honre con su presencia?

ELIANA (defallecida).—Por cierto, por cierto...

(Fernando e Isabel se contemplan aterrados).

ISABEL (de pie).—Siento tener que irme, Eliana, pero mamá espera el auto para hacer otras visitas... (Se dispone a salir).

FERNANDO.—Hasta cada momento, Eliana, y que siga la mejoría.

ELIANA (distráida).—Gracias, amigos... Acompañalos, Pepe ¿quieres?

(Salen por el fondo).

ESCENA XI

Eliana, Pepe.

(Eliana ha cogido el telegrama de Santos y lo estruja entre sus manos).

PEPE (vuelve inquieto).—¿Qué sucede, Eliana...?

ELIANA.—Una nueva villanía; una más... Lee este telegrama de la mañana de hoy.

PEPE (leyendo).—"Felicidades. Imposible estar hoy en esa... Negocios urgentes me retienen tres días más".

ELIANA (con indiferencia).—A la Fantini se le habrá ocurrido a última hora venir a las carreras del Club Hípico, y Santos ha satisfecho este capricho.

PEPE (asombrado).—¿Cómo! ¿Entonces tú sabías esto? ¿Desde cuándo?

ELIANA.—Desde siempre, Pepe. Hay aquí en Santiago una atmósfera de chismes, de alusiones y comentarios infames que a una la hacen presentir muchas veces lo que materialmente no percibe: red intuitiva, inalámblica, tela de arañas tejida por los malévolos, los indiscretos, los envidiosos y que a mí me oprime y me envuelve como envuelve y oprime al desvaldido insecto la tremenda tejedora de telas luminosas y sutiles.

PEPE.—Pero, tú, ¿nunca has protestado...

nunca le has echado en cara su indigna conducta a Santos...?

ELIANA.—Nunca le he dicho nada, ni le diré jamás. Yo soy una carga bastante pesada para él y, ¡sabe Dios si también soy culpable de sus extravíos!... Porque, al fin, yo no le he dado a Santos lo único que él deseaba: mi amor... (Suspira) Siempre triste, siempre delicada, ¿qué interés puede tener para un vividor, para un hombre mundano, una mujer así...?

PEPE.—Pero recién casada tú no eras así, Eliana. Tu salud...

ELIANA.—Es cierto; hice lo que pude por aturdirme... (con tristeza) pero desde aquella fiebre cerebral, yo creo que mi corazón ha quedado más enfermo...

PEPE.—¿No lo creas, Eliana!...

ELIANA.—Lo creo y lo espero. Dicen que estoy convaleciente. Pero yo adivino que mi enfermedad es de aquellas de que no se convalece, (con desesperación) felizmente...

PEPE (con pasión).—¿Eliana!...

ELIANA.—¡Pepe!...

(Se quedan en suspenso, mirándose a los ojos. Después de un momento, ambos vuelven silenciosamente el rostro. Eliana suspira).

ELIANA.—Ah...

PEPE.—Eliana, ¿qué tienes?

ELIANA.—No tengo nada. Son estas fastidiosas intermitencias que me hacen desfallecer. Ya pasó... ¿Quieres servirme unas gotas de estrofranto? Ahí en la mesita. (Tratando de serenarse) A ver cómo te portas de enfermero... (Pepe le da las gotas) Apaga un poco las luces... me fastidia tanta iluminación.

(Silencio. Pepe le da las gotas y apaga las luces).

ELIANA.—Siéntate aquí, Pepe, (le señala una silla a su izquierda) y hablemos de otros asuntos, ¿quieres? ¿Cómo te va en tus faenas agrícolas? ¿Te entretienes en la hacienda?

PEPE (taciturno y distraído).—¿Mis faenas agrícolas? ¡Ah... sí... tengo un buen mayor-domo que administra esas tierras. Yo, entretanto, paso el día y la noche aislado en mi escritorio. (triste) garabateando papeles...

ELIANA.—Pero, Pepe, ¿cómo es eso? Hace un rato decías que estabas convertido en un campesino...

PEPE.—Hay tantas cosas que se dicen para la exportación, para el mundo... Uno ve caras pero no corazones... Caras vemos, corazones... no sabemos... ¿Cuánta verdad encierra este humilde proverbio campesino!... ¡Eliana! ¡Eliana! ¿Qué complicada es la vida y cuán torcidos sus caminos!... (Acercándose a Eliana) Ya ves... nosotros... Si tú y yo pudiéramos... ¡Pero, no, por Dios! No me esueches; sería una locura... estoy fuera de mí... desvarío... no sé lo que digo... Debería salir de Chile, dejar el país... (Ligera pausa) No quiero quedarme un día más aquí; no puedo, estoy desesperado...

ELIANA.—Pepe, ¿estás en tu juicio? ¿Desde cuándo has tomado esta trágica resolución?

PEPE.—Desde hoy, Eliana. En este instante me resuelvo; pero hace ya mucho tiempo que deseo, que necesito partir... (Acercándose de

nuevo a Eliana) Julieta y yo cada día nos avemos menos... Yo, a mi vez, debería decir como tú: "También soy culpable" porque no he sabido adaptarme a su temperamento alegre y vividor... Julieta... es posible que sea buena, pero de mí está lejos, cada día más lejos... Es frívola, egoísta, coqueta, imprudente... Nunca toma la vida con seriedad. Y hasta ella misma lo dice y lo repite... Y no tomar en serio la vida!... Tú comprenderás, Eliana, que esta frialdad resulta desesperante...

ELIANA.—Triste es la realidad, Pepe. Pero

se deshace en melosidades y me dice tantas cosas... que al fin acabo por hacerme el reconciliado... Es que yo tampoco puedo tomarla en serio... ¡Ya tú lo ves, Eliana! Pero para mí, que ni soy frívolo, ni hombre de mundo, la vida de hogar, que debería ser santo y amparador refugio, resulta dura, triste; y en mi alma de soñador y de solitario se va acumulando un fondo de melancolía intensa, una amargura atroz, un profundo desabiento... del que ya no sé cómo, del que ya no puedo desprenderme... (Ligera pausa) Y no, Eliana, Julieta no cambia-



Pepe

Eliana

ACTO II.—ESCENA FINAL.—PEPE.—"Sí, su fealdad era la mía y un imposible la ha sacrificado".

uno no puede cambiar los caracteres a su antojo... Julieta ha sido siempre como un pajarillo que salta de rama en rama cantando la canción que Dios le ha puesto en la garganta...

PEPE.—Conmigo riñe a menudo porque me opongo a esas amistades con ciertos extranjeros que uno no sabe ni de dónde salen... a esos devaneos y coquetearías con ciertos tipos... tenebrosos... Jura entonces que no volverá a dirigirme la palabra, para que nos divida el silencio... Otras veces ríe y hace mofa de mis escenas de marido, según ella, implacable... Sale de casa sin siquiera advertírmelo y, ya de vuelta, entra en puntillas a mi escritorio, se sienta a mi lado,

rá jamás! Será siempre lo que es: una mujer eternamente niña... En tanto que yo... Eliana, tengo el alma envejecida ya...

ELIANA.—¡Cómo juega con nosotros el destino, Pepe!... (Tratando de serenarse) ¡Pobre Julieta! Te aseguro que ella no sospecha tus tristezas; tal vez te considera el hombre más feliz. Ella juzga siempre a los demás según su propio sentir... (Animándose) Desde pequeña se advertía en su carácter ese fondo despreocupado, inconsciente casi... (Sonríe) Siempre recuerdo algo que a ambas nos retrata a maravillas. Concluido el año escolar llegábamos a casa con nuestros certificados de conducta. Por cierto que Ju-

lieta traía una papeleta desastrosa; la mía era bastante buena... Sin embargo, yo subía la escalera de casa pálida y angustiada, en tanto que Julieta de cuatro saltos penetraba como un torbellino al escritorio de papá: "Traigo un **excelente**, papacito", le decía al abrazarle llena de júbilo... Papá, muy ufano, comenzaba a leer: "Conducta, mala; aplicación, mala; idiomas, regular; salud, **excelente!**" Este era el "excelente" que hacía las delicias de Julieta. Papá tuvo que reír y mamá con él. Mientras tanto yo, abatida y llorosa, no me atrevía a entrar, porque en mi papeleta traía una nota mala en "labor"... Esa única nota mala había amargado fatalmente toda la alegría de mi regreso al hogar. ¿No es verdad que este episodio está lleno de honda psicología? Julieta siempre estará viendo las cosas a través del prisma encantado de su alegre y chispeante fantasía... (Con tristeza y muy lentamente) Tú y yo, Pepe, sentiremos pesar en nuestro corazón esa nota mala, esa nota de melancolía eterna, formada de aspiraciones irrealizables, de anhelos, ideales, ilusiones que nunca, nunca podrán darnos felicidad... Hay seres así en la vida...

PEPE (absorto en su tristeza).—Tú y yo... ¿Cómo juega con nosotros el Destino... Eliana! Nunca, nunca nos dará felicidad. (Bruscamente se pone de pie) Eliana, me voy, debo irme, necesito partir... ¿Comprendes...?

ELIANA.—Tal vez es mejor así... Pepe. Julieta al perderte, acaso te recobre.

PEPE (de pie).—Yo también, Eliana, te he traído, como los niños, mi regalito. (Sonríe melancólicamente) Un poeta, Eliana, sólo sabe ex-

presar sus sentimientos en verso, y esta es mi ofrenda para ti, que de ellos gustas como expresiones del alma. En ellos está la mía... Te los dejo, Eliana; quedan contigo; son mi alma...

(Al entregarle los versos, coge la mano de Eliana y la besa con pasión).

ELIANA (leyendo llena de emoción):

Por tu felicidad ¡cuánto daría!...
¿Cuánto con toda el alma hubiera dado!...
Sí, tu felicidad era la mía,
y un imposible la ha sacrificado...

No me guardes rencor si fui cobarde
y ante el peligro me sentí pequeño...
Tarde nos encontramos... Siempre tarde
llega la realidad de nuestro sueño.

Yo te quiero dejar como una ofrenda
en tu día, mi oculta confesión,
antes que el fuego pasional me venda.

En la trágica cruz de este martirio,
el amor imposible es un delirio
que sacrifica a Dios el corazón.

(Soneto de Manuel García Jurado).

(Eliana concluye de leer los versos y echa la cabeza atrás, en un suave desmayo).

PEPE (desde el umbral de la puerta de fondo):

Por su felicidad ¡cuánto daría!...
¿Cuánto con toda el alma hubiera dado!...
Sí, su felicidad era la mía,
y un imposible la ha sacrificado...

TELON

y en mis admiraciones; pero siempre mis dictérios o mis ditiambos parten de unos labios valientemente verecundos. Por otra parte, Elvira Santa Cruz es el primer ingenio de mujer que salta al tinglado dramático, y si su audacia ha sido coronada por el éxito entre los espectadores cultísimos, por la flor y nata de las inteligencias de Chile, ¿qué otra cosa se demuestra sino que hemos asistido a una brillante revelación de una novísima virtud femenil?"

Don Aurelio Díaz Meza, crítico teatral de *El Mercurio*, da este juicio:

"En el pequeño escenario del Club de Señoras estrenóse anoche la comedia en dos actos de la prestigiosa escritora Elvira Santa Cruz Ossa. A lo que entendemos, es ésta la primera obra teatral escrita por una mujer chilena. Cabe, pues, a Elvira Santa Cruz Ossa la honra de ser la primera de nuestras damas intelectuales que ensaya sus aptitudes en el difícil arte del Teatro. Y este primer ensayo, por la circunstancia que acabamos de apuntar, ha sido un verdadero éxito.

"A nuestro juicio, la principal cualidad de la obra es la de que los personajes mantienen su carácter durante todo el desarrollo de su actuación escénica, cada cual en su tipo, vigorosamente delineado. En segunda tenemos que reconocer que hay en la comedia de Roxane bastante movimiento escénico. Hay momentos en que vemos en escena hasta nueve personajes que juegan con naturalidad y con lógica y sin recursos artificiosos o rebuscados. El argumento de la obra es un trozo de vida que ocurre tal vez con mucha frecuencia entre nosotros y en el mundo entero y, por lo tanto, ha habido muchas plumas que lo han llevado al teatro. En "La Familia Busquillas" están bien hilvanadas la nota cómica con la sentimental; escenas que producen emoción están acertadamente dispuestas al lado de escenas y frases cómicas de muy buen efecto, etc., etc."

La escultora y gentil escritora señorita Blanca Merino publica estas líneas en *La Nación*: "Comprendo que en una sociedad donde envejece el arte porque son cerebros cansados los encargados de plasmar la belleza y donde el exceso de caminantes con rumbos distintos extravía el verdadero derrotero, se escatime el premio y el aplauso como medida de selección y conservación del arte; pero aquí sería absurdo. Apáudome, pues, con todo mi entusiasmo y con toda la fe que tengo en su porvenir, la comedia de Elvira Santa Cruz y Ossa. Con su "Familia Busquillas" ha hecho crecer, súbitamente, muchos palmos el edificio en construcción de nuestro teatro nacional. Merece, pues, bien de los chilenos, bien de todos los que leen y sobre todo de aquellos que llevan en el fondo de sus espíritus como fuerza que enaltece y purifica, el alto ideal de la belleza. Su obra no es de imaginación, sino de observación precisa y honda. En la trama fácil y ligera, ha conseguido encerrar todo un ambiente social de virtudes, hipocresías, he-

roísmos y negaciones, todo ese proceso de matices infinitos que forman la verdadera vida. ¿Quién no conoce alguna Eliana? ¿Qué personajes más vivos son éstos! Elvira Santa Cruz Ossa ha ido a la vida misma a estudiar sus personajes.

"Y no es eso todo. El nombre de esta joven dramaturga queda ligado al teatro nacional por una gran deuda, pues le señala su camino verdadero: la escoba hacendosa de la señora Busquillas ha barrido con las chistosas groserías de las fondas campesinas de las calles de arrabal.

"Vivamos en el teatro la vida que vivimos en el hogar, en la calle y en los salones. Hablemos de nuestras pasiones tales como son; demos relieve y belleza a las buenas, y hagamos del arte una fusta para las malas; seamos docentes, pero arranquemos la intriga a la realidad misma; que el nervio del drama sea de carne y de tierra, de lágrimas y sangre. El ingenio sabrá pedir a la fantasía los detalles de la ornamentación. Ya lo dijo una vez Ega de Queros: "Sobre la vigorosa desnudez de la realidad, el diáfano manto de la fantasía."

"Elvira Santa Cruz ha comenzado bien, admirablemente bien su vida de dramaturga; su claro talento la ha hecho salvar con brillo los escollos inevitables en todo estreno. Que este triunfo sea, pues, en su vida literaria, la aurora fecunda de muchos y muy hermosos laureles."

El conocido escritor señor don Tomás Gatica Martínez publica en *Silveta Magazine*, revista que él dirige, un largo artículo del que extractamos lo siguiente:

"Entre el escaso gremio de intelectuales femeninas chilenas que merece tomarse en cuenta, la distinguida escritora señorita Elvira Santa Cruz y Ossa tiene una de las representaciones más apreciables. Desde hace algunos años, se ha dado a conocer literariamente popularizando su pseudónimo de Roxane en las páginas de diarios y revistas. Hoy nos toca hacer un comentario de una nueva obra de Roxane: de una obra que es un feliz estreno en el género más complejo del arte literario: una obra escénica. "La Familia Busquillas", estrenada en el Club de Señoras, es una discreta pieza teatral, de corte muy fino, bien proporcionada al medio y de seguro efectismo escénico, si se vigorizara en forma más efectiva el desenlace de la obra. Los personajes de esta comedia nos resultan bien observados: hay humanidad en Roxane en el tipo de la señora Busquillas, en el de la romántica Eliana, y en el del norteamericano Sullivan, que nos parece son los que dan mayor colorido a la escena, etc., etc. Roxane es un temperamento dúctil, comprensivo; y tras de este primer esfuerzo dramático que significa para ella un bellísimo triunfo, orientará mejor sus facultades y con sinceridad creemos que la señorita Santa Cruz consagrará su reputación de autora dramática por cuya labor ha demostrado poseer todas las complejas condiciones que este arte requiere."

Eugenio Labarca, joven escritor conocido con el pseudónimo de "Cœur de Moineau" publica en las *Últimas Noticias del Mercurio* una elogiada crítica, de la que sólo damos el final por falta de espacio:

"..... Hay en la comedia de Roxane tanto de humano, es todo tan lógico, tan cogido del natural en lo risible y en lo doloroso, que sólo tiene de teatro el abundante en nuestros accidentes diarios. Asistimos a dos actos que, haciéndonos pasar de la admiración al entusiasmo, nos llevan al aplauso más reverente. No sólo las figuras principales están hechas de cuerpo y alma enteros, sino que hasta la última de las secundarias sabe hacer o decir precisamente lo bastante para quedar identificada. Así son. Ahora, en cuanto a cómo se mueven. Pues se mueven no por hilos del "signor dell'Acqua"—exclusivos recursos de nuestro teatro nacional, salvo contables excepciones,—y si por impulsos de corazón, por impulsos de nervios y por influencias de medio, factores que nacen, para triunfar o malograrse, nuestras complicaciones, pertenecían ellas al orden a que pertenecían."

La sección "Día a día" de *El Mercurio* publica estas líneas:

"Roxane comediógrafa.—Roxane, Elvira Santa Cruz Ossa, en su nuevo papel de autora teatral con la "Familia Busquillas" ha obtenido una simpática acogida de los selectos asistentes al teatro del Club de Señoras.

"El juego escénico de "La Familia Busquillas" es activo, variado, intenso; cada escena y la acción total traduce finamente escenas reales, por lo tanto interesantes en la vida social; por lo tanto, cómicas; por lo tanto, tristes; por lo tanto, humanas.

"La originalidad de la comedia consiste en su final, monótono, doloroso; cual la tragedia de los griegos, las últimas escenas desenvuelven un drama intenso, concentrado en lo más hondo de las regiones del alma; y el bullicio y la farsa cesan poco a poco en su irreverente algazara para que un solemne silencio recoja a dos almas lacradas que deben, estolas, oír la sentencia cruel, inapelable, pronunciada con voz baja, lenta, por el inexorable Destino, voz que queda resonando en el frío y oscuro escenario mucho tiempo todavía, después que para los espectadores se han oculto las victimas tras el velo de pudor y después que las rejas carcelarias han impuesto a los dos amantes barreras insalvables.

"Tal es la novedad, más bien que originalidad de la obra: reflejo de la vida, se burla de la convencional distinción entre lo cómico y lo trágico; reflejo de una sociedad convencional, respeta la distinción entre amor humano y amor romántico; reflejo de una alta realidad psicológica, hace que el drama termine en un gran silencio y un gran dolor, porque es más estable una era de reposo y paz resignada en el sufrir, que los instantes de vida turbulenta y superficial. Estos sólo preceden a la eternidad de silencio ultraterreno". Etc., etc.

